



**REYES  
CALDERÓN**

**CLAVE  
MATISSE**

Reyes Calderón



Clave Matisse

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Reyes Calderón, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: octubre de 2018

Déposito legal: B. 20.162-2018

ISBN: 978-84-08-19439-2

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Cayfosa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## LOLA

### 1

---

Es curioso. En modo alguno es posible certificar que conoces a alguien. Puedes pasarte años junto a una persona; trabajar diez horas al día, seis días por semana, a su lado; estar al corriente de sus aficiones y manías, intimar, y no conocerla en absoluto. Mi colega XX era un magistrado gris, casado con una mujer gris de pelo cardado, y con un hijo gris claro, abogado del Estado. Era del tipo de personas que, cuando quería soltarse la coleta, se metía en la cama sin lavarse los dientes. El día que cumplió sesenta años lo nombraron presidente de sala, y en vez de celebrar ambas cosas con una buena cena y un *gin-tonic* generosamente cargado, se compró un picardías rojo. Lo estrenó con un gorila de tres por tres, un tipo iletrado de piel aceituna que trabajó en su anterior juzgado, y presentó su renuncia. Ahora, al recordar las sentencias que pusimos juntos, las conversaciones entre juicios, sus miles de cafés (era un consumidor empedernido: solo, sin azúcar ni cuchara), me echo en cara mi falta de perspicacia, yo que siempre he presumido de dotes de observación. Cuando me llamó para despedirse y me puso al día de sus planes, no podía creerlo: hasta su voz, antaño grave y envarada, parecía líquida como el sonido de un pequeño riachuelo de aguas claras. Me aseguró que llevaba años soñando con ello. Y que se estaba haciendo viejo. Eso fue todo.

Sé que resulta injusto confrontar esta situación con la que voy a narrar, y mucho menos medir a Jaime, mi marido, con la regla de XX. No tienen parangón. No obstante, por razones que no alcanzo a entender, en mi cabeza ambos contextos es-

tán señalados en el mismo mapa y, cuando lo despliego, sus aromas se entremezclan. No me interpreten mal: no veo a Jaime luciendo un picardías rojo. No le gusta ese color. Además, él es un dandi: camisas a medida, gemelos e iniciales en los puños; trajes impecables y zapatos impolutos; por no hablar de la gomina, de su nada despreciable colección de relojes, de su título nobiliario y de su recia fe de carlista navarro. No, no lo veo de esa guisa. Lo que ocurre es que, como en el caso de XX, tampoco me esperaba lo que aconteció. Y, durante un tiempo, llegué a pensar que el hombre con quien me había casado no era el que tenía delante. Que poseía un lado sombrío que no había llegado siquiera a otear, pese al tiempo consumido a su lado.

Ando con mi actual marido desde septiembre de 1980 (en realidad, no he tenido más que uno, no sé por qué lo he adjetivado como «actual». Se ve que me he dejado contagiar por los modos de mi secretaria judicial, que lleva tres maridos, como la canción de Massiel, y creo que le está cogiendo el gusto). Jaime y yo somos de régimen de conquistas. Durante más de treinta años, hemos compartido mantel, cuenta corriente, cama y cosas mucho más íntimas. He dado a luz a sus hijos y escuchado sus cuitas. He roncado para él y él se ha..., bueno, dejémoslo ahí. Pese a lo dicho, cuando, de pasada, vi su imagen en la pantalla del televisor con las manos cubiertas de sangre, lo imaginé abrazado a esa tía pechugona (tetas ultrapostizas) que lo ronda y pensé seriamente en imitar a mi secretaria judicial y añadir un ex al parentesco.

La triste historia que voy a exponerles no ha causado desconcierto en una mujer gris y un hijo gris claro, abogado del Estado; no ha vuelto mudos a unos colegas estupefactos. Lo que ha provocado es un roto en mi alma y una desagradable mácula en la moqueta del teatro principal de Estocolmo.

El siete en mi alma es invisible; el daño en la moqueta, no.

Las manchas de sangre no son infrecuentes en el escenario de un teatro. Un pequeño corte cambiando un tablado, una leve hemorragia nasal, un golpe... Los restos son fáciles

de limpiar: basta con una simple mezcla de agua fría y amoníaco. Sin embargo, la mancha de la que les hablo ocupaba una superficie considerable (la propia de una hemorragia masiva). Además, al tratarse de la escena de un crimen, la Policía sueca no permitió que los servicios de limpieza del teatro se acercaran hasta que los de la Científica, pertrechados con sus guantes de látex, sus monos y calzas blancas, y sus bolsas de pruebas, hubieron terminado y todo estuvo atado y bien atado. Cuando pudieron ponerse manos a la obra, se encontraron con que la mancha de sangre se había convertido en un desagradable pegote en avanzado estado de coagulación. Lo trataron con amoníaco, con sal y hasta con pasta de dientes. Hicieron un buen trabajo, considerando las circunstancias. Pero el cerco grisáceo de bordes irregulares, engrosado en algunas zonas, es tan visible como imborrable. La alfombra lo sufre. Yo me reprocho, como en el caso de mi colega XX, no haberlo visto venir. Pistas había, sin duda. Tantas que el olfato se lanzó en plancha.

Sé que no respondo al perfil de esposa amantísima, ni siquiera soy una compañera al uso, pero me gustaría que supieran que, de haberme hallado en una situación normal, habría sido capaz de interpretar acertadamente el silencio de mi marido. El problema es que mi vida no es normal. ¿Qué quieren que les diga? Me he pasado media vida esforzándome por ser normal, casi el mismo tiempo que tratando de ser delgada, y con el mismo nivel de éxito. No es que me meta frecuentemente en líos, es que siempre ando metida en alguno. Quizás por eso, cuando traté de contactar con mi marido y no lo logré, interpreté erróneamente su silencio. Porque las semanas previas a su desaparición, cuando puse mis ojos en los suyos, me esquivó. Buceé en ellos sin hallar pruebas fehacientes, pero estas llegaron de todos modos: es lo que tienen los nuevos medios. Son indiscretos. Te dicen dónde has aparcado el coche y durante cuánto tiempo has permanecido allí. Y esos mensajes que llegaban automáticamente a mi móvil —tengo los pagos domiciliados en mi cuenta corriente y enlazados a mi teléfono— no

eran coincidentes con sus discursos nocturnos. Jaime no estaba donde decía estar, ni cuando decía. Mentía.

¿Y por qué habría de mentirme?

«Blanco y migado: sopas de leche», me dije. La nueva investigadora de su departamento, la tía de las tetas postizas, había salido de caza. Había algo en ella que hacía sospechar. Demasiado atenta, pese a su estudiada indiferencia. Cuando Jaime la mencionó en la cena tres días seguidos para alabarla por sus muchas virtudes, sin perder tiempo la invité a tomar un café (conocer al enemigo es siempre una sabia medida). Esperaba toparme con gafas de culo de vaso, quince o veinte kilos de más y un pelo desmarañado: al fin y a la postre, era una científica extranjera y vegetariana que se pasaba el día encerrada entre tubos de ensayo. En vez de eso, me encontré con una chica esbelta, rubia, tan alta como Jaime, vestida con cierto descaro. Contuve la respiración y traté de meter la tripa. Ella no: se mostró displicente, cruda, altiva. Su mano fría, sus gélidos ojos, su sonrisa fingida no me importaron tanto como el canalillo que formaban sus pechos XXL (monos, exuberantes, pero de plástico). Todo daba que pensar. Desconocía su calidad de investigadora, pero como instigadora, desde luego, no tenía precio. Y, para más inri, se hacía llamar Nadia. ¿Se dan cuenta? ¡Nadia! Si algún día pudiera reinventarme, dejar salir a la otra Lola que se esconde dentro de mí, para ir de copas jamás escogería un nombre así. Estoy segura de que me tomarían por una tía fácil...

¿Se están preguntando cómo he averiguado que los pechos de esa mujer son artificiales? Bueno, cuento con información privilegiada. Jaime y yo tenemos un amigo común, cirujano plástico y pescador empedernido. Vive para y por la pesca. Él y su barco, dotado de los últimos avances tecnológicos, viajan por el mundo persiguiendo las especies más variadas. Antaño pescaba treintañeras. Desde que la última, una chica mona, sosilla, que parecía boba y a la que reconstruyó casi íntegramente, le sacó en el divorcio hasta los hígados, tomó conciencia del riesgo. Ahora solo pesca seres con escamas.

Cuando está en tierra y no tiene quirófano se deprime y aparece por casa con las excusas más peregrinas. La última vez vino a enseñarnos su nuevo carrito electrónico. Si me hubiera dicho que era una sonda espacial, me lo hubiera creído. Recuerdo que comenté que parecía exageradamente caro. Y recuerdo mejor aún su respuesta: «¿El carrito? ¡Nada, Lola: teta y media! El Marlyn de Puerto Vallarta, ¡ese sí me va a salir caro!: lo menos tres liposucciones con abdominoplastia». Ahí fue cuando aproveché para que me instruyera sobre cómo detectar la diferencia. Porque ya tenía a la chica fichada, señalada y registrada. Soy de origen irlandés, pero bien podría ser hija de un mafioso italiano. Cuando veo a la tal Nadia, llena de virtudes y canalillos, y detecto en ella las cinco características de la silicona, el afán de venganza corre por mis venas como si hubiera nacido en la misma Sicilia.

En fin, no deseo aburrirles. He prometido relatar los hechos de una forma ordenada y objetiva. Craso error por mi parte: que yo proceda con orden y objetividad es tan improbable como que un empresario salga indemne de una inspección de Hacienda. Lo que sí puedo prometerles es que se lo contaré todo. A mi modo, desde mi punto de vista, pero todo. Tetas postizas (las suyas, se entiende; las mías son mías, completamente naturales) incluidas. Él cree que no lo sé. Lógico: Jaime es hombre y los hombres siempre se sobrestiman. Tan cierto es que lo sé todo como que, sabiéndolo, prefiero pasar por tonta. Es mucho más eficiente. ¿Qué le voy a hacer? Le quiero. Si pregunto, si le obligo a confesar, lo que no sería muy difícil, mi orgullo me exigiría mandarlo a paseo. Y no es eso lo que deseo.

Hablaré de eso y de los pavorosos crímenes, pero antes permítanme decirles algo que va a sorprenderles. Con mis antecedentes será difícil que me crean, pero es la pura verdad: nada tengo que ver con lo que voy a contarles; pese al rojo furibundo de mis cabellos y al no menos colorado tinte de mi carácter, esta vez, y sin que sirva de precedente, soy inocente como un recién nacido. Esa mancha de sangre, ese pecho



abierto no son de mi cosecha. No estaba en el escenario del crimen ni me enteré de primera mano. Esta historia es *made in* Jaime. Para ser más precisa, procede de su familia materna: los Aguirregunaga. Todos están bajo tierra, Dios los bendiga y los retenga con una sogá de nudo firme, porque parecen haberse puesto de acuerdo para levantarse de la tumba y dar la lata. Como en vida.

Y vale ya de prolegómenos, de picardías rojos y carretes. Voy a ver si soy capaz de empezar por el principio y no desviarme del objetivo.

Cuando esto empezó, nuestra vida pasaba por un momento de paz. Jaime andaba ocupado en la búsqueda de fondos para uno de sus proyectos, lo que le hacía viajar con frecuencia, y yo me pasaba el día en el Tribunal Supremo haciendo lo que hago habitualmente. Me gusta pensar que mi trabajo consiste en hacer justicia a los buenos y retirar de la circulación a los malos; debo confesar que, en realidad, a lo más que alcanzo es a estudiarme los expedientes armada de paciencia. En suma, vivíamos días normales, ordinarios, buenos. Empezaba el otoño. En Madrid, el otoño suele ser una bonita estación. Los días son lo suficientemente largos y la temperatura lo bastante agradable para permitir retener el regusto del verano, algo a lo que ayudan las calles, sembradas de terrazas con setas metálicas, de estudiantes sin prisas y de turistas con dinero.

Pero ya se sabe, la paz es como el chocolate: una delicia que se consume en un suspiro.

A mediados de octubre, inusualmente y sin previo aviso, el termómetro se desplomó. Había en el aire una promesa de nieve temprana que finalmente solo se materializó en la sierra. El amago fue suficiente para que todos sacáramos el abrigo y mirásemos al cielo. Llovió un par de días, el domingo volvió a salir el sol, y finalmente el miércoles amanecimos envueltos en una espesa niebla. Era tan cerrada que, desde la ventana de mi despacho, no alcanzaba a distinguir la calle. No podría decirse lo mismo de mí: se me reconocía a la legua. Igual que, al sonar la duodécima campanada, la carroza se transforma en calabaza, yo, cuando entra la niebla, me convierto en escarola: una

escarola colorada. Mi pelo no soporta la humedad. Se me llena de rizos pelirrojos que, unidos a mis mejillas pecosas, me hacen perder definitivamente la seriedad que se espera de una magistrada del Tribunal Supremo. De esa guisa estaba cuando recibí la llamada.

Había planeado irme pronto a casa y seguir trabajando allí. Paso tiempo en casa. De hecho, el mayor tiempo posible, que siempre es poco. Me encanta quitarme el traje de chaqueta y los tacones, ponerme un pijama viejo y unos calcetines gruesos y sentarme a reflexionar, tapada con una manta amorosa al calor del fuego de leña. En eso no me parezco a mi marido: cuando Jaime regresa temprano, va directo a su habitación, se enfunda su mono negro y sale a correr. Invierno, verano, primavera y otoño. Noches frías, noches oscuras, noches lluviosas, noches de niebla: cualquier escenario resulta hábil para esa manía suya llamada «maratón». Entrena al menos cuatro días por semana. Auriculares, *Parachutes* de Coldplay, y una carrera que él llama tranquila, pero que a mí me haría avanzar con la lengua fuera. En más de una ocasión, ha intentado animarme para que lo acompañe, pero yo evito el deporte casi más que la niebla. De un viaje a Nueva York, vino cargado con un equipo completo compuesto por camiseta térmica y pantalones largos de licra, con la esperanza de que ese afán mío por estrenar me animara a trotar a su lado. Les aseguro que, en la mano, las prendas transmitían la sensación de correr solas. Cierto es que no atinó con la talla. En realidad, sí: me traje una L, pero, vaya usted a saber por qué, el equipo me quedaba ajustadísimo, tanto que los adornos (unos dibujos psicodélicos que ascendían desde los pies hacia el pecho) más que líneas parecían una plaga. Estoy..., digamos rellenita. Caderas a lo Claudia Cardinale, pero en pobre; pechos a la moda, generosos pero ecológicos, sin ningún tipo de implantes, y trasero de todos los tiempos. Podría repartir a las necesitadas chicas de las pasarelas y aún me sobraría. De ahí la faja. La maldita falda. Y mi amigo permanente, el régimen: verduras a la plancha, pollo a la plancha y... chocolate negro (sin plan-

cha). Déjenme que se lo resuma en pocas palabras: con el equipo de *running made in USA* estaba para prisión preventiva sin fianza. Que yo recuerde, en treinta y tres años, son las únicas prendas que no he estrenado al día siguiente. Por el contrario, cuando Jaime se viste con ese pantalón negro ajustado y la camiseta térmica del mismo color, parece uno de esos pollos pelados que sujetos por las patas se exhiben en algunos mercados asiáticos: me gustaría describirles sus hombros huesudos, sus finas piernas, su estómago firme. Culo, simplemente no tiene. Dice que correr libera su espíritu. Es muy posible. A mí esa ropa lo que se dice liberar no me liberaba lo más mínimo. Y no la estrené.

Me estoy desviando de nuevo. Regreso al relato. Aunque, antes, permítanme que les diga que me he apuntado a un gimnasio. Me han dado una tarjeta de acceso y una taquilla, y me han enseñado dónde almacenan las toallas. Para que me adapte mejor al medio. No me va a quedar más remedio. Porque fingir una lesión con mis tacones es inverosímil.

Estaba ya saboreando a distancia la imagen de la chimeña que aguardaba mi llegada cuando recibí la llamada de Jaime. Habían cerrado el aeropuerto de Barajas, y el avión que había de trasladar a sus invitados de vuelta a Washington no pudo despegar. Se sentía obligado a agasajarlos en casa, ya que llevaban dos días comiendo y cenando fuera. No es algo nuevo en él. Suele hacerlo. Me refiero a que ser acogedor forma parte de su carácter. Y no discrimina. Se trajo a un gato callejero, una cría marrón de ojos muy verdes: tras cebarla durante unas semanas, cuando me había encariñado y aceptado que sus pelos estuvieran por todo el sofá, se largó y no volvimos a saber de ella. También metió en casa a varias crías de gorrión, caídas de sus nidos tras una tormenta: murieron aquella misma noche. Las enterré en el jardín porque me dio apuro tirarlas a la basura, y el maldito gato las desenterró estropeándome las hortensias. También nos frecuentan los colegas a los que abandonan sus mujeres, los cirujanos plásticos divorciados o los extraños... Yo no lo llevo demasiado bien.

En realidad, termino aceptando, pero no antes de protestar un poco. Esa vez no me quejé demasiado: conocía la importancia que para él tenían esas personas. Miré por la ventana. La nada trasparenteaba el frío.

—¿Te dará tiempo, Lolilla? Sé que es una faena, pero de veras es importante. Ya te lo explicaré en persona, pero...

—Tranquilo, no te preocupes, lo comprendo. Me apañaré.

—Yo me ocupo del vino. ¿Por qué no compras algún precocinado?

—Será preferible. Llamaré a una tienda de delicatessen y encargaré un pescado y unos ibéricos de aperitivo. Quiero recordar, casi tengo certeza, que hay changurro congelado. Estoy medianamente convencida de que queda helado de chocolate.

—¿Medianamente convencida? —replicó mi marido con cierta sorna.

Me había pillado catándolo la noche anterior a escondidas. Llevo meses acudiendo a un dietista para perder peso. De hecho, había cenado dos espárragos y una tortilla de un huevo, solo la clara. La visita secreta al frigorífico fue para compensar.

Mal que me pese, debo hacer notar que el día en que Jaime trajo a sus distinguidos amigos, JJ y Rafael Scott, a nuestra casa, aún no me había comprado la faja. Quizás de haberlo hecho antes, hubiéramos evitado ese entuerto.

Cuando llamaron al timbre, ocho y media en punto, yo llevaba en casa apenas una hora. Había dispuesto una bonita mesa, descongelado el changurro, catado el helado (forma parte de mis obligaciones como anfitriona comprobar que no estaba envenenado), abierto los vinos cuya etiqueta Jaime me había enviado por wasap, y me había tuneado planchándome el pelo y arreglándome para la ocasión. Quizás demasiado colorete, pero creo que estaba bastante bien (para mi edad).

—¿Y esa falda? —me susurró Jaime al oído al entrar—. No te la conocía.

—Últimas rebajas de la temporada pasada. Sesenta por ciento de descuento —respondí.

Su gesto fue expresivo. No le culpo. Tengo muchas virtudes, algún defectillo y dos manías desaforadas: la primera, entrenar; la segunda, los carteles que rezan «Rebajas». Si el descuento que los acompaña es notable, la mezcla consigue hacerme enloquecer. Era evidente que con aquella falda me había trastornado. La prenda —una pieza de perfiles Chanel en tonos negro y rosa palo— era preciosa. Nada que objetar hasta que, ya en casa, me puse de perfil y vi el protuberante inconveniente: no era *exactamente* de mi talla. Desde luego, su etiqueta no rezaba XL, ni L ni siquiera M. Me quedaba tan prieta que no sé cómo pude subirme la cremallera y continuar respirando. Pero lo logré. Todo un éxito.

Me dirán que por qué les cuento todo esto. Créanme: es necesario. Cuando menos convenía, la tela se rasgó sin remedio haciendo saltar todo por los aires. No creo que si me hubiera vestido de otro modo, o hubiera adquirido antes la faja, las cosas se hubieran arreglado. Pero en esa extraña madeja de imágenes que me asaltan por la noche, en el duermevela, mi mente mezcla la imagen de las manos de Jaime ensangrentadas con la rasgadura de la falda, y se me antoja la cicatriz en el pecho de un cadáver.

De nuevo me estoy yendo por las ramas. Debería volver a la cena. A la memorable cena.

Como decía, a las ocho y media en punto llamaron a la puerta y salí a su encuentro vistiendo mi falda nueva, la más amplia de las sonrisas y la dichosa pulsera en la muñeca derecha.

Acabo de darme cuenta de que aún no he mencionado la pulsera. O quizás sí. Ya no lo recuerdo. Están siendo momentos difíciles y me cuesta concentrarme. Les he descrito la falda, un dato importante pero meramente circunstancial, y no les he hablado de la pulsera, que tiene asiento de primera fila.

Veamos: yo nunca uso pulseras. Me molestan, me dificultan la escritura. Terminó desprendiéndome de ellas y dejándolas olvidadas sobre cualquier mueble cercano o sobre la mesa del despacho, y finalmente acabo perdiéndolas. Pero, ya saben, la vida es como un asesino en serie: nunca tiene sufi-

ciente. Busca y rebusca hasta dar con una grieta por la que colarse y ponerte en aprietos. Aquel día la encontró en la maldita pulsera. La mala suerte nos enlazó como mi suegra a su pobre caniche, por el cuello; nos atornilló con acero templado a una historia que no era la nuestra, de la manera más torticera. Porque sin gustarme las joyas ni usando pulseras, me vi enredada precisamente por una de ellas. Sí, aquella noche lucía una pulsera enorme. ¡Maldito día!

Por una joya no. No perdería la cabeza por un anillo, una gargantilla o un collar de perlas. Si se diera la extraña casualidad de que el dinero abundara, optaría por una pintura, un mueble antiguo, un viaje o un traje de chaqueta. Sobre todo, por estrenar un traje de chaqueta de un buen diseñador (preferiblemente de escandalosa rebaja). Y por unos zapatos nuevos de tacón imprudente. Me encanta estrenar zapatos. Bueno, zapatos o lo que sea. Me fascina el olor de lo nuevo, su tacto, la sorpresa. Las joyas, sin embargo, no me atraen.

La mayoría de los amigos de mi marido solo necesitan acercarse a una joyería o una bisutería la víspera del cumpleaños de sus esposas. Saben con certeza que, compren lo que compren, acertarán. No importa cuán atestados estén los joyeros: siempre hay sitio para una pieza más. Y si no es así, se adquiere un joyero más grande. A Jaime, sin embargo, atinar le lleva mucho más tiempo: en vez de sacar la tarjeta de crédito, tiene que devanarse los sesos.

A pesar de lo dicho, cuento con una pequeña colección de alhajas de buena factura, que guardo en casa, en la caja fuerte de mi despacho, camuflada tras un pequeño cuadro firmado por Joan Miró. A excepción de unos sencillos pendientes que mis hijos me regalaron cuando entré a formar parte de la Audiencia Nacional (¡qué lejanos parecen aquellos tiempos!) y que me gustan una barbaridad, el resto de sus aderezos son herencia de mi familia política.

Si apreciar significa poner precio, debería apreciar la herencia recibida. Su valor económico es elevado; no podría decir lo mismo de su valor artístico. Mi suegra era una mujer os-

tentosa. Solía llenarse la boca con explicaciones que nunca acababan de justificarla: posición social, categoría económica, el estatus de su marido... En realidad, lo que ocurría es que le gustaba presumir. Ya saben: exhibirse, alardear, competir con otras señoronas pamplonesas tan cardadas como ella. Lucía unos abrigos de piel que, de pesados, le provocaban luxaciones en los hombros; gargantillas de brillantes tan gordos que parecían falsos y sortijas que cargaban como días de ayuno. Pero lo que más le gustaba eran las pulseras. Amaba las pulseras; cualquier pulsera; todas las pulseras, si bien había un tipo especial por el que bebía los vientos: las gruesas cadenas de oro con piezas colgantes. Medallas, monedas, otros artilugios..., todos los colgantes servían si tintineaban al chocar entre sí.

La recuerdo moviendo la muñeca para disfrutar del canto del oro rojo. Algo que yo nunca haría voluntariamente. Sin embargo, aquella noche llevaba una de esas pulseras colgada en la muñeca derecha. Fue un descuido, una de esas pequeñas grietas. Cuando abrí a toda prisa la caja fuerte para sacar los pendientes, regalo de mis hijos, el joyero se me resbaló de las manos y cayó al suelo. Todo su contenido se dispersó por la alfombra. Recogí las piezas, lo devolví a su sitio y cerré. O eso pensé. Porque cuando había concluido, me fijé en que algo brillaba en el suelo, bajo la mesa. Era una de esas pulseras del gusto de mi suegra: una ancha cadena articulada de eslabones planos pero gruesos, materialmente sembrada de monedas de oro. Sopesaba volver a guardarla cuando llamaron al timbre. De modo que, para no perder el tiempo ni dejarla sobre la mesa, me la coloqué en la muñeca.

No podía imaginar que un detalle tan nimio pudiera hacer estallar un conflicto de tal tamaño. De haberlo sabido, hubiera dedicado cinco minutos a volver a abrir la caja de caudales. De haber tenido conocimiento, hubiera hecho lo que en más de una ocasión se me pasó por la cabeza: vender aquellas piezas barrocas para financiar parte del curso que nuestro hijo pequeño está haciendo en Londres (con perdón de mi suegra, que hubiera resucitado para evitar ese expolio).



El caso es que, ajena a lo que se nos venía encima, con la dichosa pulsera en la muñeca derecha y la falda impidiéndome la respiración, abrí sonriente la puerta.

Jaime realizó las presentaciones, les hice pasar al salón y, ya sentados, serví los aperitivos y me dispuse a disfrutar de una interesante conversación. Con la pierna cruzada y la espalda levemente recostada en el sofá, muy digna, como si nadie fuera a darse cuenta de que mi lista de prohibiciones saltaba por los aires a cada minuto, me serví una copa de manzanilla La Guita. Son nada menos que 90 puntos Parker. De contravenir las prohibiciones del doctor Helvia, que no me deja beber (ni beber, ni comer, ni nada que no sea deporte, verduras y pollo, a la plancha), decidí saltármelas con clase.